

MIJAIL SHOLOJOV, EL TESTIGO PROBO

DESDE la conclusión de la guerra mundial, hace ya veinte años, el gobierno soviético viene sosteniendo ante la Academia Sueca la candidatura del novelista más popular del país, Mijail Shólojov, que aunque tiene ahora sólo 65 años, hace casi veinte años también que cerró el ciclo de sus grandes creaciones al concluir la serie del Don y al escribir Campos roturados y Ellos combatieron por la patria. Por lo tanto no puede decirse que la Academia haya descubierto a un escritor, máxime cuando la obra de Shólojov está difundida en todas las lenguas cultas. (En español existen dos ediciones de El Don apacible, una publicada a partir de 1942 en Buenos Aires por "Progreso y Cultura", y otra por "Quetzal", desde 1958, ambas torpemente traducidas.)

De ahí que la novedad del premio haya sido el aura política que lo rodeó, tanto en la concesión como en la recepción que en Occidente se brindó a la noticia. En los hechos la Academia asumió el castigo que significó el rechazo de Sartre y cumplió discretamente con una de las condiciones que el escritor francés señalara, restableciendo la confianza del mundo socialista en el Nobel de Literatura, y asegurándole así algunos años de sobrevivencia. En cuanto a la recepción occidental, su frigididad ha demostrado cuán sigue alarmando, a pesar de la coexistencia, la aportación ideológica soviética, en la cual siguen viendo al enemigo. Para tranquilizarlos fue que Anders Oesterling, ducho en tales menesteres, se apresuró a destacar que "a pesar de ser comunista convencido, Shólojov se abstiene de todo comentario político en El Don apacible", lo que aparte de revelar la insuficiencia de su observación crítica, corrobora la implicancia política del premio y el intento de una aproximación de los antiguos enemigos mediante una hábil disgregación de ideologías, tarea en que están empeñados —no sé si respondiendo a órdenes— varios sectores de la "inteligencia" occidental a quienes alarma la aparición de nuevos enemigos sobre el este. Esa empresa se beneficia de la tradicional actitud soviética de buscar su admisión en la comunidad mundial, rompiendo el cerco establecido en 1918, el cual, aparte de las invasiones extranjeras —a las cuales justamente se refiere Shólojov en su obra— le significó la guerra contra el nazismo. Eso se traduce en un refortalecimiento de organismos culturales ya decrépitos en Occidente, pero que obtienen nueva vida mediante un académico apoyo socialista: es el caso de los PEN Clubs o, ahora, del Premio Nobel.

A pesar de la frigididad de la acogida, el premio Nobel a Shólojov —luego de los anteriores a rusos, uno al exiliado externo Iván Bunin, y otro al exiliado interno Pasternak— significa la aceptación oficial de la cultura soviética, el reconocimiento implícito del humanismo socialista y de su aportación ética (dadas las condiciones exigidas para la concesión del Nobel) y también la aceptación, tardía, a regañadientes, (Oesterling ha reconocido que Shólojov "utiliza una antigua técnica realista que puede parecer de una simplicidad ingenua...") de la estética oficial del comunismo soviético, el realismo socialista cuyos modelos fueron Gorki, Fadéiev y Shólojov. Si se tiene en cuenta la psicología de excluidos, perseguidos y despreciados, en que se han movido los soviéticos respecto a Occidente durante muchos años, se comprende el orgullo con que la Unión Soviética recibe este premio. Pero, otorgado por una institución en decadencia y coronando una estética que dentro de la URSS también está en decadencia, no agrega mucho al nombre de Shólojov ni a la difusión de su obra.

SALVO a aquellos, que, por razones de oficio, nos hemos entregado en estos días a una lectura, parcial claro está, de El Don apacible. La serie incluye cinco abultados tomos (Sobre el Don apacible, Se desbordó el Don, Fuego en el Don, Sangre en el Don y El Don arrasado) que su autor comenzó a publicar a partir de 1928, que interrumpió en 1933, porque se había puesto a escribir Campos roturados que fue su contribución al famoso y prodigioso segundo plan quinquenal, y que concluyó en 1940 con el muy discutido último volumen de la serie, que alcanzó así unas dos mil páginas. Ellas cubren un período histórico perfectamente delimitado, de unos ocho años, desde las vísperas de la primera guerra mundial hasta el año 1921, y se concentran en la vida de los cosacos de una pequeña comuna sobre el Don, en particular Grigori Mélejev, a quienes muestra atravesando los años revueltos de la guerra mundial, la revolución roja, las intervenciones extranjeras, la guerra civil. La obra se inicia cuando Panteleí Prokófievich lleva a su hijo Grigori a pesar al Don con el fin de exigirle que deje en paz a la mujer del vecino, a Axinia (admirable figura que es obligado comparar con Ana Karenina) y concluye cuando Grigori regresa a su Tatarskaia natal, donde encuentra a su pequeño hijo, único ser que queda de su familia y merced al cual se reencuentra con su tierra.

Entre uno y otro punto se desenvuelve la peripecia más surtida que pueda imaginarse, porque salvo el primer tomo, que reconstruye la vida de los cosacos con las mayores libertades imaginativas de la novela, el resto de la obra está firmemente apoyado, más que sobre lo histórico, sobre la parsimoniosa crónica de los hechos, y el autor lleva y trae a sus personajes con total, fiel respeto de los minuciosos avatares de los sucesos del período. Nacido en la stanitsa de Vershenkaia, que también es presentada en su obra, y habiendo participado, desde los 18 años, en la conmoción que el socialis-



LA CULTURA SOVIÉTICA ADMITIDA

mo introdujo en la vida cosaca, Shólojov somete la novela a la historia, obedeciendo al principio de que nada es superior a la verdad de los hechos históricos. Si este sistema afecta literariamente su obra, que peca de prolija, abundando en situaciones muy parecidas entre sí, sin que se vean nitidamente los procesos evolutivos y unitarios del material artístico, en cambio gana en equilibrio realista y en verismo informativo.

Fue este uno de los rasgos que hicieron su éxito inicial. Fue escrita para ser leída por los actores que habían participado en los sucesos que cuenta, y con la parsimonia y el rigor que lo distinguen, Shólojov escribió la historia que ellos conocían y que aceptarían. De ahí la original concepción de Grigori Mélejev como protagonista, ya que él es el "héroe negativo", el último importante que dio la literatura soviética antes del advenimiento masivo del "héroe positivo" que conformó el realismo socialista: Mélejev es el joven cosaco que militará en las fuerzas contrarrevolucionarias, luchando sin cesar contra el ejército rojo y los soviets, hasta entregarse al banditismo, sin aceptar nunca el nuevo régimen comunista. Y si bien Mélejev chorrea personalidad, es una figura original, fuertemente individualizada, los críticos marxistas vieron en él una justa representación de una clase social durante el período revolucionario como lo estudiara Lukács (en su libro El realismo ruso).

No mueve a Shólojov ningún esquema rígido en su exposición; sigue, obedientemente, la realidad. La independencia anárquica de los cosacos, su secular utilización en defensa de la autoridad del zar, la deformada visión de la revolución, los múltiples errores de los jefes comunistas regionales, trazan las coordenadas que explican la confusión por la cual deriva Mélejev, su permanente insatisfacción que no le permite en definitiva estar con unos ni con otros y que por fin hará de su vida un fracaso, atravesando un mundo en ignición. Del mismo modo, los aciertos de los grandes revolucionarios —Stóckmann, Bunchuk, Ana— se codean con los errores —en Podteliov, en Kochevoi— para que al fin, del cuadro completo, se desprenda: una muy severa sensación de objetividad; una convicción profunda de la justicia y la necesidad del comunismo; una clara diagnosis de las contradicciones propias de su instalación; una admirable atención por los seres humanos, más acá de toda interpretación o enjuiciamiento ideológico.

LAS dimensiones de la obra, la alternancia constante del frente de batalla y de la vida pueblerina, algunos personajes similares,

han impuesto el cojeo entre La guerra y la paz y El Don apacible. Shólojov, que intelectualmente se formó en el sector de los llamados escritores proletarios de la RAPP, fue sin duda ferviente lector de Tolstói como todos los integrantes de ese movimiento, pero ni sus estéticas ni sus posibilidades artísticas son comparables. Shólojov está mucho más cerca del vasto movimiento de la novela regionalista que afloró en la segunda y tercera década del siglo y que ocupó un primer plano en Europa, más popular que el arte vanguardista de la misma época: los nombres, hoy bastante olvidados, de los premios Nobel, Grazia Deledda o Ladislao Reimont, sirven para situar las condiciones de este realismo campesino, directo, muchas veces primario y a la vez muy lleno de rica vitalidad, al que Shólojov insufla acento épico.

Tolstói elabora artísticamente una época ya muy lejana, cuya historicidad pone al servicio de una ajustada y medida construcción literaria. Shólojov escribe de lo que vio, de aquello que lo fascinó y que lo desconcertó en el gran caudalísimo transformador que fue la revolución roja, y su función es la del testigo próbido, siempre atento, hasta obsesionado, por la precisión de los datos, por el registro exacto de las cosas tal como sucedieron. Lo que los aproxima es la increíble vitalidad que sostiene sus empresas, y la sensualidad que de ellas emana y de la que ambas han dejado buen ejemplo en la frecuencia y regusto de sus historias eróticas.

Uno y otro son hitos de la transformación de las masas campesinas rusas, que constituyeron el lema central de sus respectivas creaciones literarias: si Tolstói las vio desde su situación de noble ruso, en el declive del siglo XIX, cuando acababan de emerger de la servidumbre, Shólojov las observó desde su situación de campesino (nunca concluyó la escuela primaria), cuando resultaron exacerbadas por la transformación del país, llamadas a una nueva y moderna inserción social. Lenin elogió a Tolstói por haber reflejado "los cambios radicales en la mentalidad de millones de campesinos que, recién liberados del régimen de servidumbre, vieron que su libertad suponía los nuevos horrores de la ruina, de la muerte por hambre, de una vida sin hogar entre los hampones de la ciudad". Del mismo modo puede elogiarse a Shólojov por haber reflejado el desconcierto y la confusión con que los campesinos se vieron violentamente proyectados a un mundo incomprendible, en vertiginoso desarrollo, que habría de exigir de ellos ingentes sacrificios cuyas ventajas estarían puestas en un futuro muy distante.

Si los personajes y las coyunturas históricas son distintas, también lo son los instrumentos literarios: la elegancia y la modulación equilibradas de Tolstói han dado paso a la aspereza, a los golpes efectistas, a la sensibilidad por un mundo vasto cuyos olores y sabores son una y otra vez regustados con fruición, a la rapidez y a la violencia de las descripciones, a una gran sed insaciable. Un enorme público, recién ingresado a la cultura por obra de la educación del estado soviético, encontró en este vasto ciclo épico la muy justa expresión de su sensibilidad fuerte, aun no refinada, y encontró también algo que, como se demostró después, era tan importante o más que el marxismo impuesto: un sentido nacional en la pintura y estimación de los personajes. Por eso aún en las más remotas regiones siberianas, la novela fue leída apasionadamente como el espejo de la nación que caminaba hacia el socialismo, y hoy se lee como un clásico bonachón y algo torpón, rudo, áspero, vivo, lleno de sanas enseñanzas, de escenas y vislumbres seductores, y de largos desarrollos primarios y pedestres. El lector admirativo del primer tomo, Sobre el Don apacible, es probable que comience a aburrirse en el segundo, y pierda la paciencia en el tercero; sin embargo en el cuarto, y sobre todo en el quinto, le aguardan brillantes momentos (los nuevos amores de Axinia y Grigori), y aun en ese segundo, tan morosamente explicativo, está la persecución y el ajusticiamiento de los primeros comunistas cosacos, que es un conjunto de páginas memorables.

En el Congreso de 1934 se estableció su obra como modelo del "realismo socialista", pero hay que apresurarse a decir que nada tuvo que ver con las chaturras y los esquematismos optimistas y gárgulas que inundaron las letras soviéticas desde la fecha. Aunque integrante de la Unión de Escritores y de la Academia, gustó siempre vivir lejos de Moscú y de la vida literaria. "en mi país" como acostumbra a decir, escribiendo desacio, muy despaquicamente (la rapidez sólo sirve para cazar pulgas) dijo y opinando con cierto humor caustico, de sus colegas. Ya no es maestro para los jóvenes narradores de Novi Mir, pero sin duda estos deben consultar en secreto algunos de sus capítulos para descubrir el secreto de su fuerza y de ese aire de ensa viva, pro ente, que rodea al lector y lo arrastra, y que él alcanza en sus mejores momentos.